

marramblas
y
farraguas
2015



Manuel

Un jurado compuesto por Miriam Burgos Borregón, Marina Cobo Yuste, M^a Dolores Gallego San segundo, María Teresa García Hernández, Rafael León del Río, Javier Martín Matamoros, Itziar Matamoros García, José Manuel de la Paz Hernández, Roberto Sánchez Martín y Fernando Sánchez Calvo decidió, tras varias deliberaciones, el viernes 14 de agosto de 2015 a las 21:00, que los autores ganadores del Certamen “Marramblas y Farraguas 2015” fueran los siguientes:

ESCRITURA RÁPIDA

1º Premio → *Ella*, de Noelia Fructuoso Cardo

2º Premio → *Música para recordar*, de Sandra Trillo Gándara

3º Premio → *Tres años y dos meses*, de José Luis Sánchez Pérez

RELATO CORTO

1º Premio → *La aldea de Piedra*, de David Fernández Hernández

2º Premio → *Ósculos mojados*, de Patricia Martín Rivas

3º Premio → *Y qué si nadie me cree*, de Miguel Grande Ráez

FOTOGRAFÍA

1º Premio → *Suhshine Tower*, de Alfonso Muñoz Romero

2º Premio → *Memorias*, de Guadalupe Blázquez García

3º Premio → *Alcanzando la cima*, de María Burgos Rojo

LA ALDEA DE PIEDRA

(1º Premio de Relato Corto “Marramblas y Farraguas 2015”)

Nadie recuerda la Aldea de Piedra. En los libros poco se puede leer de los locos de este lugar. A mí me lo contó mi abuelo, a quien a su vez se lo contó el suyo.

Estas personas tenían un trastorno obsesivo compulsivo de distinto tipo, por aquella época se les llamaba locos. Esta gente estaba muy mal vista en las ciudades, llevándolos a la horca en muchos casos. Incluso algunas veces los condenaban a la hoguera.

Artuño, ya de pequeño, tuvo una infancia difícil por su carácter introvertido. Se podía pasar horas y horas mirando al horizonte.

En una de las cotidianas tertulias ciudadanas en las que se encontraba hablando el Predicador para intentar reconducir a algunos extraviados que hacían, según el, absurdas exageraciones de la vida cotidiana (lo que hoy en día conocemos como teatro), Artuño y algunos exaltados más se sublevaron contra el Predicador, impidiendo que éste pudiese continuar con su discurso.

Pedro el predicador ordenó capturarlos para echarlos a la hoguera. Estos se fueron a toda prisa a sus casas. Artuño abrió la puerta, cogió un trozo de pan duro, una manta y lo metió todo en su morral. Salió corriendo hacia la montaña sin mirar hacia atrás.

Atravesó un valle, subió a la cumbre de una alta montaña y a media ladera del siguiente valle se detuvo en un montón de piedras con formas. Pensó que ese podría ser un lugar seguro para hacer noche. Al poco aparecieron dos personas. Artuño se escondió. Según se aproximaban se dio cuenta de que estas personas eran las mismas que habían estado increpando unas horas antes al Predicador.

Al día siguiente pensaron si continuar o quedarse en ese lugar. Decidieron quedarse, ya que esas piedras con formas les podrían beneficiar a la hora de ahuyentar a quien se atreviese a cruzar el valle en su busca. Rápido se acomodaron y empezaron a hacerse pequeñas chozas de piedra. Con el tiempo, canales con agua para cultivar sus huertos.

Al poco tiempo fue apareciendo gente que venía huyendo de las ciudades periféricas por el mismo motivo que ellos. Toda esta gente destacaba de manera extraordinaria por su talento innato.

Empezaron a planificarse y en poco tiempo tenían su aldea de piedra, hicieron fuentes de piedra, las cuales recogían toda el agua de la montaña, e incluso puentes también de piedra.

Con el tiempo esta aldea fue siendo conocida por la zona como la Aldea de los Locos.

Las ciudades periféricas sabían que existía. Al haberse reducido el número de locos en las ciudades, este hecho no les preocupaba. Los locos tampoco se juntaban con los cuerdos; en su comunidad estaban a gusto al tener todas sus necesidades cubiertas: agua, huertos, ganado, trueques de animales por hortalizas. Acabaron construyendo una mesa gigante en la que se reunían para tratar los temas cotidianos.

Pero al cabo del tiempo, esto empezó a crear envidias en las ciudades. Los cuerdos presionaron al Predicador para que hiciera algo. Artuño ya había intentado hablar con éste, para hacerle ver que los locos y los cuerdos podían vivir en armonía, porque a lo que los cuerdos le llaman locura, ellos lo llaman cordura: una percepción distinta de la realidad.

Pedro el Predicador, presionado por los vecinos de su ciudad, impuso a Artuño y los suyos un ultimátum: o se iban de su reino o se las verían con su ejército. Los artuñeros replicaron que si se atrevían a cruzar el valle en su busca perderían la batalla sin necesidad de empuñar un arma, ya que al empuñarla perderían la cordura de la que tanto presumían.

Pedro insistió en que él mismo iría con sus hombres a derribar toda la Aldea de los Locos.

Los artuñeros hicieron grandes montones de piedras cubiertas de piornos por encima, a modo de pelucas. Desde el valle parecían gigantes.

Cuando el Predicador fue con su ejército a echar a los locos, Artuño gritó: "Nunca nos quitareis nuestras piedras". Con el eco de la montaña parecía que el que gritaba esta frase era ese gigante peludo. Como esto no detuvo a Pedro ni a su ejército, los artuñeros, ayudados por sogas y poleas, consiguieron empujar una enorme piedra colina abajo acompañada del grito del gigante: "¡Tomad esta China y no volváis!".

El ejército de Pedro, al ver venir esa monstruosa roca, tuvo que retirarse para no ser aplastado por ella. Decidieron volver al día siguiente con más soldados.

A partir de aquí la leyenda es muy confusa. Algunos cuentan que cuando Pedro fue al día siguiente con su numeroso ejército, en la aldea ya no quedaba nadie, pero para que su poder no se viera truncado por el ridículo que hizo dijo que luchó muy duramente contra los artuñeros y sus gigantes, quemándolos a todos y derribando sus construcciones.

Para que su supremacía se hiciera notar mandó construir una ermita con su nombre, al lado de La Mesa del gigante.

De Artuño se sabe más bien poco. Hay algunos que dicen que nunca se fue del lugar, porque se escondió en la cueva que hay cerca de donde pusieron las pelucas a los gigantes.

Algunos dicen que murió joven, que estuvo con una muchacha llamada Blasa y tuvo una hija que se llamó Mari Gómez.

No se sabe mucho más de él. Tan sólo que antes de morir le dio tiempo a plantar un roble por cada loco que conoció.

La razón de que hoy por hoy este pueblo se llame Navarrevisca es larga y complicada de contar, pero eso ya es otra historia...

David Fernández Hernández

ÓSCULOS MOJADOS

(2ª Premio de Relato Corto “Marramblas y Farraguas 2015”)

Marianica siempre había gozado de la naturaleza, de la hierba —la hierba seca—, de las vicisitudes del río y de su tintineo pétreo, del cielo —el cielo estrellado— de los instintos primitivos de los animales, de las tardes de reflexión sobre las piedras —las piedras mojadas, la corriente cosquilleando su vida y sus posaderas redondas como guijarros—.

De chica se levantaba la primera, se apañaba con esmero y poca pulcritud, alimentaba a las gallinas y a los puercos y gozaba. Tanto gozaba. El simple hecho de contemplar el torpe pero certero contoneo de las aves, el poco pudor de los cerdos, le bailaba por la tripa como con lombricillas de colores. El ordeño de las vacas más bien le revolvió el estómago, porque se ponía en su lugar y pensaba qué tan horrible que le estrujaran los pechos. Agradecía las labores de labranza más que las de recogida, por la creatividad que suponía aquello y la pasividad absoluta que iba de la mano de esto. Se relajaba lavando la ropa —¡y qué bien se le daba!, mejor que a las mayores— y gozaba de la guapura del río con las pompas que ella le regalaba y veía sonreír a las rocas de jabón y cosquillas. En la escuela apenas si aprendían lo justo y las lecturas (bíblicas, siempre bíblicas) supuraban tedio e idiotez, hasta que se vio leyendo por placer, rezando por gusto. Uno de los pocos hombres que volvió de la guerra no tenía con quién arrejuntarse. Curioso: Simón sobrevivió a dos decenas de batallas y su prometida pasó a *mejor* vida a raíz de una gripe (¿cómo gripe?, una gripilla si acaso). Y, bueno, ahí estaba esa chiquina aparente y silenciosa, esmerada en las tareas, amorosa de la Biblia.

Se casaron. No es que no quisiera casarse con aquel señor, pero tampoco lo eligió: le daba igual. Se juntó con él porque sí. Porque eso hacían todas: pasar por el altar y a parir criaturas.

La vida de Marianica prácticamente no cambió y eso sí que era de agradecer: la porquería, el gallinero, sus guijarritos mojados. Lo que sí que varió fue su instinto: ese despertar de su sexualidad que le trajo el matrimonio resultó toda una revelación. Lo buscaba —fímidamente, pero lo buscaba— hincando el hociquillo bajo las axilas de Simón, ronroneando bajo los pliegues, y rezaba por que su marido le estrujase los pechos vacunamente. Con lo bien que lo hacía... Nunca pudieron concebir. A saber quién era el lisiado. Pero, en realidad, eso daba igual: no sentía ningún instinto maternal. Disfrutaba del cielo, del sexo, de las pompas de jabón atascadas en las rocas, del sexo, de los surcos ondeando en la tierra mojada, de los animalitos, del sexo. Prefería ver a un pollito que a un bebé. A un dulce pollito que a un bebé llorón y pesado. Y Simón sí que lo lamentaba más, pero tampoco quería pensar en ello. Su idea cambió al morir su marido, porque sintió que un trocito de ella murió con él: no era más que el mordisco de la soledad. Pensaba que igual todo sería diferente si hubieran... Si... Solo si...

Añoraba la axila limpia y olorosa de Simón, enjabonada pero varonil, y su olisqueo constante como parte del cortejo. Añoraba sus pechos estrujados y lameteados. Añoraba la carne de Simón dentro de su carne; y vistió de negro para siempre porque la apatía tiñó sus ropas y sus mariposas, más que por costumbre. (Eso creía ella, y se engañaba: era por costumbre.)

Siguió realizando las tareas del campo, con más dolor cada vez: un dolor anímico que le apedreaba los riñones. Pero no dejó de disfrutar de sus puerquitos y sus aves, de la templada calma de los huevos recién puestos, del recio placer al acariciar las ásperas

cerdas. Y del cosquilleo del agua sobre las erosionadas piedras, sobre sus erosionados guijarros, cómo no: ese fluir incesante que había redondeado las rocas como la axila de Simón —ay, la axila— redondeó su nariz; y meditaba sobre las piedras, amoldadas a sus guijarros, con más intensidad cuando el sopor de la lluvia escupía sobre ella y moldeaba la corriente y escondía las piedras sin dilación, pero no para siempre.

Se refugió en la Biblia más aún y, luego, en la televisión. Sus sobrinos, que iban al pueblo de cuando en cuando, sintieron lástima por ella y por su soledad y, para hacerle compañía, le regalaron una tele. «Tú verás, a la vejez viruela», les dijo cuando vio el voluminoso paquete y substituyó el *gracias* por un «pero si yo me voy a morir ya» y cubrió de silencio el «¿y por qué no me hacéis compañía vosotros?». Ese conjunto de personitas pequeñas y lejanas le pareció ridículo en un principio, y aún le quedaría un saborcillo de este pensamiento. Y con la televisión le ocurrió exactamente lo mismo.

Quién iba a decir lo que ello supondría: las tareas campestres renquearon casi por completo, los animalitos se quedaron huérfanos, las piedras añoraron el peso de Marianica: la caja boba había absorbido su voluntad. Encima de todo, la televisión resultó ser mordaz: el infarto le vino originado al descubrir, en uno de esos programas en los que la gente va a airear sus trapos sucios, que dos hombres —un hombre y un hombre— podían amarse. Y ¡vaya hombres! Majos, fuertes, llanos y, seguramente, de axilas floreadas. Pero esos ósculos tan apasionados; ¡con barba! No le cabía en la cabeza, no lo comprendía de ninguna de las maneras, no había posibilidad alguna y de que su corazón lo entendiera. ¡Esos lengüetazos! ¡Esa pasión! No fue capaz de hablar. Le habría gustado compartir la visión, celebrar la vida —pero qué hermoso era aquello, en realidad—, digerirlo sobre las mojadas piedras, saber quién lo sabía, descubrir si ella era la única que vivía en la ignorancia. Luego pensó en cómo harían... eso. Después se apareció Simón en su mente y se le pasó por la cabeza si alguna vez habría querido hacer... eso.

Y se paró, su corazón. Se paró de duda, de libertad, de felicidad, de enigma, de vacío, de sonrisa.

Su corazón.

Patricia Martín Rivas

Y QUÉ SI NADIE ME CREE

(3º Premio de Relato Corto “Marramblas y Farraguas 2015”)

Y qué si nadie me cree, ya verán cuando la encuentre. Esos dos nunca lo entenderán. Aquí, desde el colegio, es que es un poco difícil de encontrar, pero sé que está en la ciudad. La Gema será mía y los arqueólogos de todo Lúxor vendrán a verme, todo el mundo me respetará y viviré rodeado de riquezas para siempre. Y sobre todo, seguiré el camino de mi padre.

Hace unas semanas encontré un yacimiento en pleno desierto y en una tablilla de arcilla estaba escrito que la Gema se encontraba en el interior de algún ladrillo de la ciudad. Mis antepasados del Antiguo Egipto la utilizaban para coronar al nuevo faraón y los arqueólogos creen que en su interior existía algún tipo de componente que la hacía brillar. La leyenda dice que contenía algún tipo de poder oculto. Es curioso. Parece una piedra muy misteriosa de la que apenas se tienen datos, y de la que apenas se habla. Imagino que es porque no se tenían indicios reales de su existencia. Mi padre la persiguió durante casi toda su vida.

Hace unos días Rayid y Mohamed se reían de mí porque les conté mi afán por encontrar la piedra. Cuando les enseñé la tablilla ellos no la supieron leer. Ellos no saben leer los jeroglíficos. Mis padres se esmeraron mucho cuando era pequeño en que aprendiera la antigua cultura egipcia y ahora les doy las gracias, aunque ellos ya no estén conmigo. Mi padre era arqueólogo y vivió muy de cerca grandes experiencias de mucho peligro. Para él la cultura egipcia era su vida. Siempre quise ser como él. Lo seré. Con actitud. La tablilla me da la gran oportunidad de encontrar la mayor evidencia de lo mágica y mística que fue la cultura egipcia. ¿Por qué los antiguos egipcios iban dos mil años adelantados a las demás culturas existentes en el mundo? ¿Por qué ellos construían edificaciones de cientos de metros, mientras que en otras partes del mundo, las personas vivían en, prácticamente cavernas? ¿Por qué pensaban que había vida después de la muerte? Con esa piedra, coronaban a su dios en la Tierra, al que consideraban el representante de sus dioses, con ella hacían nacer a un auténtico dios. Creo que si esa piedra sale a la luz, se conocerá un poquito más la humanidad. Quién somos, de dónde venimos, y, a dónde vamos.

Vivo con Mohamed y su familia. Nuestros padres eran muy amigos, y la verdad es que me tratan muy bien. Pero siendo ocho en casa, es muy difícil mantener una relación con ellos. Que si el bebé llora... que si su hermano pequeño quiere comer...

Entonces un día, cogí un pico, lo metí en mi mochila del colegio, y fui a investigar. Para concretar más, en la tablilla ponía que la piedra se encontraba en el ladrillo con el dorado más intenso jamás visto. Para ser sincero, la ciudad de Lúxor muy rica no es, así que mucho dorado no iba a encontrar. Fracaso. Tenían razón, podría estar en cualquier parte. No sabía ni por dónde empezar, no tenía los medios adecuados. Lo único que me quedaba era actitud. Ya me lo decía siempre mamá, que con la actitud se puede llegar hasta donde te propongas, y así lo hice, mi actitud no murió, al contrario que mi esperanza, que iba cayendo día a día en picado.

El otro día en clase de historia lo supe, sé dónde está la Gema, soy rematadamente idiota. Me acabo de dar cuenta que la historia es útil (aunque la odie a más no poder) y que no he podido estar más ciego.

Antiguamente, las pirámides eran blancas, los antiguos egipcios las embadurnaban de yeso. Hasta ahí todo normal, pero resulta que la puntita, el pico, o como lo quieras llamar,

no era de oro, sino que reflejado con la luz del sofocante y radiante Sol egipcio era igual al dorado más intenso jamás visto. ¡Lo tenía! Pero qué más da, no puedo encontrarlo, es inútil.

Estuve días deprimido, sin saber qué hacer. ¡Aunque, por qué no! Eso mismo pensé cuando vi al padre de Mohamed hablar con su buen amigo de la infancia Ahmad. Trabajaba como guardia de seguridad en el complejo de las pirámides. Él me podría ayudar. Mi esperanza cada vez iba levantándose más, era como si estuviese en las nubes. Especialmente cuando Ahmad me dijo que me ayudaría. Ahmad era un hombre muy reservado, frío e introvertido. Aunque cabría destacar su timidez ante todo.

Quedamos el siguiente día al que me dio su respuesta afirmativa a la petición de su ayuda, para idear un plan. Yo ya lo tenía pensado cuando fui, y se lo expuse. Consistía principalmente en apagar las cámaras de seguridad mientras él me decía como evadir a los demás guardias y así llegar a la gran pirámide de Keops. Y una vez allí: escalar. Lo sé, sé que me puedo romper algo, e incluso matarme. Me da igual, lo haré por papá. Dedicó su vida a encontrar un significado a esa piedra, y yo, con ella en mis manos, lo conseguiré.

Con la ayuda de instrumental de escalada, que me había sido amablemente cedido por Rayid, conseguí llegar a la cima de aquella montaña de arena majestuosa y magnífica. Antes de ponerme a excavar levemente admiré el bellissimo paisaje que la ciudad de Lúxor me brindaba. Hacía mucho frío, era de noche, pero no me importaba, estaba a punto de hacer realidad no el sueño de mi padre, sino darle sentido a su vida.

Me tiré excavando unos minutos hasta que, por fin, sentí algo mucho más sólido que aquel bloque. No sabía si llorar o reír, si gritar o admirarme. Reí. Pude contener mis ganas de gritar. Desencajé la piedra de su milenario escondite, y la miré. La miré como nunca había mirado a nada ni a nadie. Esta vez sonreí. Era de un color azul pálido y seco, muy claro. Aunque no era para nada una piedra opaca, todo lo contrario, era transparente como el agua cuando nace en la montaña. En su interior había una bola blanca, de la que sobresalían pinchos, una especie de estrella de muchas puntas, como un erizo de mar que brillaba. La piedra tenía una forma ovalada y se podía coger y abarcar todo su volumen con una mano. Me sentí orgulloso de mí, lo sé, esas cosas no se dicen, pero no voy a mentir, así me sentía en esos momentos, era vida.

Estaba amaneciendo, el interior de la piedra dejó de brillar, la posicioné entre mi ojo y el poco Sol que se podía apreciar. De repente, se me cayó. Sí se me cayó hacia abajo. Cuando llegué abajo, la encontré rota, pero no en varios pedazos, solo en dos. La estrella de innumerables puntas de había desprendido de las dos mitades, como cuando sacas un bizcocho de un molde. Como si la estrella tuviera un molde. Lo cogí y me lo llevé.

Cada día que pasaba, se iba cayendo una punta de la blanca y perfecta esfera que conformaba la estrella. El día que la última punta cayó, la esfera se partió y dentro de ella había un pequeño papiro enrollado del tamaño de un telegrama pero más largo y ancho. Era un listado de todos los faraones egipcios, pero, había ciertas cosas que no encajaban. Había nombres de personas incluso después de la caída del Antiguo Egipto. Pero había algo que encajaba todavía menos: ¡Mi nombre se encontraba al final del papiro!, antes el de mi padre, y antes el de mi abuelo. El papiro ya estaba lleno, no cabían más nombres. Era el último descendiente vivo del linaje faraónico.

AGUAS MÁGICAS

Nunca olvidaré aquel lugar. Para mí un lugar mágico por muchos motivos, por muchas vivencias pasadas. Solía pasar allí todos los veranos cuando era niño, con mis abuelos. Todo giraba en torno a un río, no muy grande en extensión, pero extremadamente bello. En muchas ocasiones, me vienen a la memoria momentos inolvidables que pasé allí. Recuerdo cómo me bañaba y me tiraba por sus cascadas, siempre con alguien porque mis abuelos no me dejaban ir solo. Tenía un amigo, hijo de unos señores de una finca cercana que venía algunas veces, con el que podía conocer lugares más recónditos, pero si él no estaba, iba con mi abuelo, que, aunque le costaba andar, tenía una cabeza privilegiada y me contaba historias fascinantes sobre esas aguas, historias que te hacían respetarlas y amarlas.

El agua da la vida y en el caso de mis abuelos también les daba una ocupación, con la que podían subsistir. Ellos vivían en un molino que había pasado de generación en generación donde machacaban los cereales que les proporcionaban sus tierras y que se negaron a abandonar cuando construyeron un embalse que amenazaba con dejar seco el cauce. Mi abuelo siempre me contaba que era un río especial y que había que permanecer siempre a su lado, pues toda su vida y la de sus antepasados se la debían a él. Además, solía decir también que cuando morían una parte de ellos se quedaba en sus aguas, siendo estas cada vez más puras y cristalinas y que te daban protección.

Me fui haciendo mayor y ya no iba tanto al molino, que era como lo llamaba yo. Después mis abuelos fallecieron. Mis padres y demás familiares no quisieron continuar con la tradición familiar porque trabajaban y vivían (vivíamos) en la gran ciudad y no podían mantenerlo correctamente sino vivían allí. En un intento por revivir el lugar íbamos casi todos los fines de semana, pero poco a poco empezamos a dejar de ir hasta que un día decidieron vender el molino junto con todas las tierras. Parecía como si hubieran maldecido a este lugar que a mí siempre me parecía tan mágico. Recuerdo que estuve más de un mes sin hablarnos pero al final claudiqué. Es mi familia.

En la actualidad, este molino se ha convertido en un balneario, no está mal como lo han dejado pero para mí no es lo mismo. Decidí ir con mi mujer el fin de semana pasado, a ella sí le parece que está bonito. Se nota que no ha estado allí antes. Al ver el río, he vuelto a sentir esa felicidad de cuando era niño y un aluvión de recuerdos me han venido de golpe. Ayer domingo decidí irme pronto río arriba mientras mi mujer dormía para volver a ver unos de mis sitios preferidos, una pocita con agua azul celeste coronada por una gran cascada. Al llegar allí estaba tal y como lo recordaba, preciosa por supuesto, como si no hubiera pasado el tiempo. Al acercarme al agua un gran halo de luz iluminó toda la poza y allí dentro pude ver a mi abuelo diciéndome "al lado de estas aguas serás feliz, recuérdalo siempre".

La verdad, no sé cómo he tardado tanto en volver. De momento, estoy mirando parcelas por la zona. A mi mujer le gusta la idea, al menos para los fines de semana. Cuando tengamos hijos siempre me gustará que digan que tuvieron una infancia feliz, cosa que yo puedo decir y que mi abuelo ya sabe.

P.d: Por cierto, no os he dicho dónde está el río ni su nombre. Está en la provincia de Zaragoza y se llama río Piedra.

Alfonso Muñoz Romero

PIEDRAS HERMANAS

En el Hospital Piedralaguna dos chicas esperan para vacunarse. Una de cabellos dorados y otra de color chocolate, ambas con unos ojos verdes como aceitunas brillantes, con unas pestañas gracias a las cuales sus ojos pasan de ser ojos a ser ojazos, y con unos labios rosados y luminosos.

Las dos ponen sus papeles en la mesa. La enfermera se los pide a la chica de cabello castaño. La de pelo rubio los retira.

- Así que Martina, ¿no? ¡Qué nombre más bonito!
- ¿Martina? Yo me llamo Cristina – corrige a la enfermera.
- Veamos la fecha de nacimiento – dice mientras comprueba que está bien-, hospital también...y los nombres de los padres. Aquí faltan dos cosas, sólo tu nombre y tu dirección. Qué raro. Mientras me rellenas este impreso voy llamando a otra chica. ¡Martina! ¡Pasas, por favor!

Martina pasa, pone sus papeles sobre la mesa y ella misma se da cuenta de que no están bien los datos y se lo dice a la enfermera:

- Perdona, aquí está mal mi nombre. Yo soy Martina, no Cristina.

¡Tras unas cuantas comprobaciones en el ordenador la enfermera les dice que son hermanas mellizas!

- No puede ser que Martina y yo seamos hermanas mellizas. Nos acabamos de conocer.
- ¿Una hermana melliza? No me lo creo- añadió la otra.
- ¿Y cómo puede ser que no nos conozcamos?

Cristina señala un collar que tiene con los datos de su vida.

- ¿Esto significará algo? Es una piedra. Parece mágica.
- Ya lo creo que sí. Significará mucho –dijo sacando de su bolsillo el mismo collar, con los mismos datos excepto los nombres, y debajo dos letras.
- ¡Siempre juntas! –gritan a la vez.
- Martina, hay una dirección. ¡Calle Pedrosa! Vamos a averiguar qué es todo esto.
- ¿Y si se lo preguntamos a nuestras madres adoptivas?
- Vale. Mañana nos vemos en el parque a las 6. A ver qué nos han contado.

Las dos chicas preguntan a sus madres sobre el caso. No sabían nada de que tenían una hermana melliza.

- Cariño, a mí sólo me dijeron que tú lo único que tenías de recuerdo era este collar – les dijeron-. Esa era una piedra especial, de un país que le encantaba a tu madre, pero no sé cuál es ese país.
- Gracias, mamá. ¿Puedes ir a las seis y cuarto a buscarme al parque?

- Claro, hija.

Un día más tarde en el Parque de la Paz las niñas se reúnen.

- Martina, ¿a ti qué te han dicho?
- Que no sabían nada de que tenía una hermana, pero me han contado que la piedra es de un país que le gustaba a nuestra madre.

Llega la madre de Martina. Primero saluda a Cristina y da un beso a su hija.

- Mamá, ¿te puedo pedir un favor? ¿Nos puedes llevar a la calle Pedrosa?
- Claro, no está muy lejos de aquí. Mientras llegamos os tengo que contar algo que he averiguado: vuestros padres desaparecieron, pero dejaron algo para vosotras en la calle donde nacisteis. Todo está relacionado con vuestras piedras.
- ¡Gracias, mamá!

Las niñas entran en el jardín, cogen las piedras de sus collares y con ellas abrieron la gran casa de piedra. Dos cartas para ellas que enseguida se intercambian, aunque en las dos pone lo mismo: "Juntad vuestras piedras, cogidas en la India, id al salón, abrid el cajón a la derecha".

Según abren el cajón aparece un holograma de la madre y el padre que les dicen: "Si juntáis esas piedras podréis ser invencibles porque la magia del amor lo es. De momento no importa el motivo de vuestra separación. Lo que importa es que estéis siempre juntas".

- Pues sí que era mágica la piedra. ¿Verdad, Cristina?
- Sí, y me alegra saberlo.

Algo muy especial acaba de ocurrir. Han visto a sus padres y ahora deben descubrir cuál es su misión. Las dos chicas se miran y sonríen

Mara Sánchez Torralba.

COMUNEROS DE CASTILLA

No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos. Mi queridísimo Pero San Segundo, recuerda el día de Villalar. La última vez que nos reunimos todos juntos contra la opresión del Habsburgo, emperador de Alemania y las Españas, decía él. Pero nuestros Bravo, Padilla, Maldonado y vos, decíais lo contrario. Sí, gracias a todos vosotros nos dimos cuenta de la necesidad de un poder pactado: "Non est potestas nisi a deo", que dirían los antiguos: no hay poder por debajo de Dios. Es decir, si el Habsburgo, el rey y emperador Don Carlos, hijo y heredero de Don Felipe y Doña Juana de Castilla está por debajo de Dios, eso significa que no tiene poder para domeñar a las bravas y nobles familias castellanas, así como a las comunas de nuestra amada Castilla. No tiene potestad para oprimirnos o dictarnos leyes injustas en base a su necesidad o antojo. Sire, Carlos de Habsburgo, aceptad y tolerad a las comunas de Castilla. Aceptad al bravo Maldonado de Salamanca, a Padilla de Toledo y a nos, representante de esta humilde comuna de Navarrevisca, concejo dependiente de la muy noble y muy leal abadía de Burgohondo. Por ello, mi estimado rey Carolo, suplicamos ante todo:

Leyes pactadas. Contad con todas vuestras villas et parroquias para la imposición de arbitrios.

Asimismo, solicitamos de ahora en adelante se separen el poder de los jueces de Castilla de vuestro poder y del poder de dictar leyes. Que haya un juez mayor para toda Castilla.

Pedimos, solicitamos y nos adherimos a la petición de todas las comunas de Castilla para que se nombre un juez mayor para toda Castilla, con poder para decidir sobre impuestos, así como en nombramientos de regidores y corregidores en este nuestro Reino de Castilla.

Téngase a bien aceptar el presente escrito en la noble villa de Navarrevisca, anno domini 1522.

Ángel Javier Arévalo Velasco

SORPRESA INESPERADA

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos.

Tres o cuatro veces me lo tuvieron que repetir, pues me había quedado petrificada junto a la entrada. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Todos mis primos allí reunidos. Hacía mucho tiempo que no ocurría algo así. Algo muy grave debía ocurrir. Miles de pensamientos me pasaron por la cabeza en una milésima de segundo.

- Tranquila Susana, no te asustes. Hemos venido a darte una gran noticia.

En ese momento no podría imaginarme, ni por un instante, cómo cambiaría mi vida. Alguien muy importante que el pasado me arrebató ahora el presente me lo devolvía. Me llevaron a la gran terraza, donde un chico muy guapo nos esperaba. En el momento en que nuestros ojos se encontraron, mi corazón dio un gran vuelco y unas lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas.

Era increíble el enorme parecido que teníamos. No podía creer que fuese mi hermano gemelo. Ese bebé que, al nacer, dieron por muerto (hecho que mi madre siempre puso en duda). Los dos echamos a correr y nos fundimos en un fuerte y emotivo abrazo.

- Ahora nadie volverá a separarnos, hermana.

- Qué pena que mamá ya no esté aquí para vivir este feliz momento.

Raquel Jiménez Montero

¡NO MÁS INJUSTICIAS!

- No te quedes ahí, vamos, entra. Ya estamos todos.

La reunión había comenzado, por fin podía presentar mis circunstancias ante lo ocurrido. La reunión trataba sobre las desigualdades de la mujer y sus derechos, pues yo vivía en un país en el que los maltratos hacia ellas estaban permitidos. Por ejemplo, la semana pasada, una mujer de mediana edad había sido golpeada por su marido con un canto en la cabeza. Sin embargo, lo que más me indignó fue tener que soportar cómo mi padre estuvo a punto de violar a una mujer que ni siquiera era mi madre. Desde entonces, le tengo un gran rencor acumulado.

La reunión había empezado hacía diez minutos, cuando un hombre por fin comenzó a hablar.

- Buenas tardes. Como ya sabéis, la reunión consta de un bando a favor y otro en contra de los derechos de las mujeres, y yo seré el moderador. Claro está que la reunión ha sido convocada para concienciar a las personas y hacer lo posible para que dichos maltratos cesen.

Al rato, una persona en contra declaró:

- Las mujeres únicamente deben tener hijos y ser amas de casa y de vez en cuando no estaría de más pegarlas para que escarmienten.
- Esto sí que no lo tolero - dijo el ayudante del moderador -. Ya has tenido suficientes avisos.- dijo asustando al señor.

Éste echó a correr, y fue capturado por los guardias a tiempo.

Un señor a favor de los derechos de la mujer, detective, testificó:

- He encontrado pruebas - dijo enseñando unas fotografías. Él se dedica a violar a las mujeres a altas horas de la madrugada.

La reunión quedó concluida. Varios meses después fueron encarcelados, y desde entonces, los castigos a esta gente son más duros. Yo me sentía victorioso por haber puesto mi granito de arena.

Elena Presa García

HISTORIA EGIPCIA EN LONDRES

“No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos”. Dijo la guía del viaje a la puerta de la sala de los faraones a la entrada del museo de arqueología británico. Lo cierto es que yo sentí que el tiempo “fugit” (vuela), porque científicamente sólo habían pasado apenas veinte minutos desde que llegamos y esperábamos la hora de entrada.

Tenía claramente decidido visitar las salas de ultratumba y el primer preservativo de la historia fabricado con piel de camello. Sin embargo, el programa de la visita fue sutilmente diferente; la guía, una joven treintañera, preciosa, eso sí, empezó a explicarnos el proceso de momificación con su inglés “perfectli” y su dulce voz y soniquete memorizado, que acabó por embriagarme y transportarme al mundo mágico que venía buscando.

Terminada la visita, tomé el autobús dirección centro de Londres. Los asientos me resultaron más cómodos que los de la ida y mi compañero de fila parecía más joven que a las siete de la mañana. Agraciado no era, pero siempre me regalaba una “picola” sonrisa cuando le hablaba y comunicarme con el italiano me resultaba más difícil que escalar el Everest por la ladera más suave.

Alrededor de las 19 horas nos engullimos en Picadilly Circus, centro neurálgico de la capital. Un conglomerado multirracial invadía la plaza, cual hileras de hormigas, con un sistemático y programado movimiento que te hacía pensar antes de bajar las escaleras cómo y en qué dirección debías seguir y no dejaba paso ni a la improvisación ni al destino.

Tras tomar un par de birras en locales clásicos de la zona, volví al bus para llegar y descansar en el hotel, y fue allí cuando volví a escuchar la misma frase: “No te quedes ahí, venga, ya estamos todos”. Y fue entonces, y sólo entonces, cuando presa del pánico me di cuenta de que mi uniforme excursionista no era idéntico al del grupo en el que estaba, y todavía no me había repuesto de la anécdota de ayer al pretender coger un taxi, aunque esa historia pertenece a otro relato...

Finalmente, todo acabó bien, llegué la última a la reunión del BETT (Exposición Tecnológica de Educación), donde todos estaban trabajando compartiendo mi misma indumentaria, mientras mi subconsciente lamentaba no haber visto lo que quería: ni tumbas, ni condón ancestral. Y todo por... que me estaban esperando.

Natividad Rodríguez Martín

¡ATRÉVETE!

“No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos”, dijo una amiga de Ana. Esa noche se iban de fiesta a la discoteca nueva de la ciudad. Ana es una chica de 16 años, alta, rubia y de ojos azules. Su novio le saca cuatro años y es bastante celoso. Una vez que ya estaban dentro de la discoteca, bailaron, bebieron y cantaron. Ana conoció a un chico bastante guapo y sin pensar lo que hacía lo besó.

Se arrepintió muchísimo al día siguiente, estaba superpreocupada, ¿cómo se lo iba a decir a David? Sus amigas le aconsejaron que no le dijera nada, pero Ana pensó que era lo mejor. Citó a David, su novio, en el parque donde se conocieron. Cuando se lo contó, lo primero que hizo éste fue pegarla. Ana, asustada, fu a su casa, pero no tuvo el valor de contárselo a ningún adulto por miedo a que David pudiera hacerle algo mucho peor.

Pero la cosa no se quedó en un simple golpe. Esta chica, cada vez que llegaba del instituto, recibía una carta de amenaza. Ya no sabía qué hacer y pensaba que la mejor opción era suicidarse, hasta que dio el paso y decidió contárselo a sus padres. Ana les mandó un whatsapp a sus padres, que decía:

- Os espero a las 5 en casa, tengo algo muy importante que contaros.

Al recibir este mensaje, sus padres se asustaron. ¿Qué le pasa a Ana?, se repetían constantemente.

Llegaron las cinco y Ana estaba muerta de miedo por lo que pudiera pasar cuando sus padres se enteraran. Una vez sentada en aquel sofá, Ana les contó todo lo que la estaba sucediendo con David: aquel golpe, todas las cartas amenazadoras...

Si Ana no lo hubiera contado, ahora mismo David no tendría una orden de alejamiento y seguiría acosándola.

A día de hoy, Ana trabaja en atención a la mujer, ayudando a chicas que están pasando por lo misma que pasó ella.

Alicia Gallardo Rojo

NO TE QUEDES AHÍ. VAMOS, ENTRA. YA ESTAMOS TODOS

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Diversos pueblos en el mundo permanecían en la más absoluta miseria. Seres humanos perdidos en sus entornos dispersos, confundidos, con miedos y temores de difícil solución.

Así transcurrió la humanidad durante miles de años, sin entender que existía un cambio, otro modelo de vida en el que nadie se quedaría atrás, otro sistema de convivencia en el que siempre cabría uno más. El último superviviente de las montañas llega a un lugar y pregunta: “¿Dónde estoy?” Alguien le contesta: “No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos.”

Hemos salido de la prehistoria. Estamos en el 2315. Comienza la verdadera historia del ser humano.

Andrés de Arcos Sandoval

LA DECISIÓN DE CAROLINA

Esta vez Carolina lo tiene muy claro, no quiere seguir así, con tantos miedos, con esa incertidumbre que tanto la agobia, con ese “come-come” que tanto la atosiga. Está cansada de ser la “señora sumisa- ¿dígame?”.

La educaron para ser Doña Perfecta; perfecta por dentro y por fuera pese a su pesar. Por fin llega el día en que quiere (¡decide!) cambiar las cosas. No lo tiene fácil, es luchar contra viento y marea, es oponerse a la realidad de los demás, es volver a empezar después de lo aprendido, como el amnésico que recobra su memoria en este caso difícil de olvidar.

¿Por dónde empezar? Busca en el baúl de sus sueños, queriendo empezar poniendo orden en su yo:

- Primero: la cabeza sobre los hombros.
- Segundo: el corazón dentro de su caja.
- Tercero: ¡importante!, alinear las palabras de forma que obtengan el significado deseado.
- Y por último, ¿por dónde empezar?

Tiene miedo a la incertidumbre de ese agobio que tanto la atosiga, miedo al “come-come” de hacerlo mal. Pero ya es tarde, la decisión está tomada, ya están todos reunidos, están desconcertados, no saben el porqué de esa reunión tan urgente a la cual Carolina los ha convocado...

La paraliza el miedo, no puede entrar. Por fin su cerebro reacciona cuando su padre le dice:

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos.

Un abrazo, un beso, ninguna palabra. No es necesario, nunca el silencio dijo tanto.

- ¡Carolina! – exclamó su padre.

Para mí, eres especial.

Anabel San Segundo Sánchez

SÓLO JUAN

-No te quedes ahí, vamos, entra, que ya estamos todos.

Y eso hice. Entré sin pensármelo dos veces. Tenía que hacerlo. Lo estaba pasando muy mal por su culpa. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de recuperar mi vida, por muy humillante que fuera.

Al pasar del recibidor de aquel edificio gris se encontraba una amplia sala exenta de muebles, exceptuando un círculo compuesto por sillas, dejando un gran espacio en el centro. Al instante, vino un pensamiento a mi mente, de mí mismo en ese mismo centro. Lo rechacé en cuanto pude. Tenía que hacerlo. Lo sabía bien, era necesario por mi bien y el de todos.

Llegué hasta la única silla libre, dispuesto a sentarme, hasta que la mujer que me había recibido al entrar me animó a permanecer de pie. Había mucha gente allí sentada, mirándome. Me agarré como pude al sentimiento que nos traía a todos los presentes allí y empecé:

- Hola... - balbuceé-, mi nombre es Juan y... tengo problemas con el alcohol.

Respiré hondo. Ya estaba. No había vuelta atrás. Los demás me respondieron con un coral "¡Hola, Juan!" y cogí asiento por fin. Estaba muy nervioso, seguro de que me juzgarían. No imaginaba nada peor de lo que contaría a continuación:

- Desde hace algunos años empecé a excederme bebiendo en fiestas y reuniones – con cada palabra sentía mi boca más seca- hasta que hubo un momento en el que bebía sin control, todo el tiempo. Por culpa de esto he destruido mi relación familiar, me he divorciado de mi mujer y he perdido la custodia de mi niña. Ya no me queda nada.

Acabé avergonzado y con los ojos vidriosos. Todos me miraron, pero no de la forma que pensé. Su expresión era de comprensión, no de asombro ni con prejuicios. Sus ojos decían "si tú supieras..." Entonces uno a uno empezaron a contar sus problemas, cada cual más importante, pero ellos estaban tranquilos, convencidos de que se solucionarían. Hasta el hombre que había estado tres meses en coma. Entonces supe que nada había acabado, todo acababa de empezar. Tenía apoyo.

Al salir de esa sala ya no volvería a entrar avergonzado, iría con esperanza, sabiendo que esto era sólo una piedra en el camino, que lo conseguiría. Ya no sería Juan con problemas con el alcohol, sería sólo Juan.

Alicia de Arcos

LA ESPERANZA

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos.
- Vale, voy, no sabía si necesitabais a alguien más.

Cada mañana salíamos al patio de la cárcel, eran mis primeros días y la mayor parte del tiempo que teníamos para salir al patio estaba solo. De vez en cuando charlaba con algún preso para romper un poco el hielo, pero eran pocas palabras, había gente que no era de mucho diálogo. A veces entraba en la cancha y jugaba algún partido con ellos. Había estado en varias manifestaciones de protesta por todos los derechos sociales que nos estaban quitando, por abuso del poder económico, desahucios, protestas ante sucursales de bancos, etc. Ese día nos manifestamos y la cosa se puso muy fea: los antidisturbios empezaron a cargar sin miramientos, lo que enfadó a muchos manifestantes, que empezaron a usar la violencia. Después de dos golpes en la espalda, entré en cólera, vi una piedra en el suelo y la lancé sin objetivo fijo. Fue a parar a la cabeza de una policía al que habían despojado de su casco. Estuvo cuatro días en coma y murió.

- García, ya está aquí tu visita.
- ¡Hola!, ¿qué tal?
- Bueno, poco a poco, ¿y tú?
- Igual, es difícil acostumbrarse a esto.
- Tú no tuviste la culpa, hay órdenes que buscan enfrentamientos.
- Sí, y luego pagan los inocentes.

Tenía visita cada mes y se agradecía, ella también lo estaba pasando mal y cada vez que había más unión entre nosotros. No tenía mucha relación con mis padres, vivían en el extranjero, con mi madre hablaba por teléfono de tarde en tarde. Allí ocupábamos las horas como podíamos, leyendo, en alguna actividad que hacían en la cárcel, pensando, imaginando. Los días eran tan largos y lo peor de todo, muchos proyectos a corto y largo plazo tirados a la basura y la sensación de culpa que te oprimía cada día. Esperabas con impaciencia la visita, era la única rendija al exterior.

- ¿Qué tal, cómo ha ido este mes?
- Ya sabes, a ratos, ¿y tú?
- Me he apuntado al taller de artesanía.
- Así pasan las horas más deprisa.
- Tú no tuviste la culpa, eres buen chico.
- Gracias por tus palabras y por acceder a hablar conmigo.
- Él estaba en contra de esas cargas y cumplía órdenes. Era un buen hermano y creía en la libertad.
- Seguro, me hubiera gustado conocerlo.
- Deseo que pases aquí el menor tiempo posible.

Ese tiempo fueron doce largos años y una de las cosas que me mantuvo vivo fue el deseo de hablar con ella ya en libertad. Después de muchas visitas, me fui enamorado de ella.

AGUA DE SIERRA, SOMBRA DE PIEDRA

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos - dijo Fabiola.

Yo, asustado, en la puerta me quedé pensando que ya no queda nada en esta caja de recuerdos.

- ¡Cómo cambian las cosas!- pensé. Por más que intento buscar en las esquinas del mar, por más que intento buscar las peras al olmo, por más que... Ya nada es lo mismo.
- Vamos, entra. Sólo faltas tú - repitió de nuevo Fabiola.

Entonces dije: "¡Aparta, déjame pasar!" Buenas palabras de un sabio dijeron que nunca hay que detenerse ante una piedra en el camino.

- Fui yo, sí, fui yo. Lo reconozco - dije con voz sigilosa -. Os voy a contar lo que realmente pasó.

Íbamos juntos paseando. Se me ocurrió jugar al escondite, pero en un abrir y cerrar de ojos ya no la vi. Desapareció. Me encontré en una bifurcación, observé los dos caminos, uno largo y estrecho, y el otro con muy buen trecho. Algo me impedía caminar. El viento soplaba fuerte y enderezaba el árbol después de haberlo inclinado. No sabía qué hacer. Vi las huellas, pero la lluvia las fue borrando poco a poco. Por lo que cada vez estaba más indeciso sobre qué camino coger.

- Caminante, son tus huellas, el camino y nada más - recordé la frase para seguir adelante.

Parecía como si estuviera dando círculos sobre el mismo camino.

- ¡Ningún burro tropieza dos veces en la misma piedra, y he tenido que ser yo!- dije enfadado.

Me di cuenta de que todo me empezaba a recordar a lo que había visto hacía poco tiempo. Pero de ella ni rastro. Llegó la noche, igual consigo un agujero para descansar. El agua de la lluvia es blanda, la piedra dura, pero gota a gota hace cavadura. Al menos me escondo del frío de la noche y de la escarcha, pensé.

Escuché su voz a lo lejos, pero sería una alucinación, por lo que para dormirme me puse a cantar su canción favorita: "Abeja y oveja y piedra que trebeja, y péñola tras oreja, y parte en la Iglesia, desea su hijo la vieja".

Me desperté pensando en que la iba a encontrar y nadie se iba a enterar. Continué recordando la frase: "caminante no hay camino, se hace camino al andar". Seguí mi camino, buscando la inspiración para poderla encontrar, pero el viento sopló fuerte y cerró la puerta de golpe. Del golpetazo me desperté. Ahí estaban todos. Aquí me quedaré, está claro que es mi lugar.

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos - volvió a repetir Fabiola.

María Elena Muñoz Garija

A MI PADRE

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Estaba segura de que me estaba escuchando. Por eso, le animé a entrar para que pudiera compartir con todos nosotros, su familia y amigos, una vez más la jarana que habíamos organizado.

Sí, era mi padre. Hacía años que nos había dejado, pero estaba convencida de que ese día estaba ahí, o más que convencida, deseaba con todas mis fuerzas que fuera una realidad. Me hizo caso y entró y puedo, una vez más, compartir lo que a él más le gustaba: la compañía, los suyos.

¡No me lo podía creer! ¡No daba crédito! La fiesta se alargó hasta altas horas de la madrugada. Estaba feliz, todos éramos felices. Empezamos a contar anécdotas de lo que nos había ocurrido en estos años que él no había dejado. Se reía con ganas, como él sabía hacer y trasladaba su alegría a todos los que estábamos. Nos comentó que nos echaba de menos, pero que la vida sigue y que lo que teníamos que hacer era ¡vivirla!

Evidentemente, no faltaron anécdotas sobre el pueblo donde nació. Al comprobar que seguíamos muy unidos a Navarrevisca se emocionó, se le saltaron las lágrimas y nos lo agradeció con fuertes besos y abrazos a todos sus hijos y nietos.

Las horas transcurrían muy deprisa, yo no quería que pasara el día, parecía un sueño. Pero no lo era, estaba ahí, era de carne y hueso, era mi padre. Pero, lamentablemente, llegó la luz del día y nos dijo que se tenía que ir.

- No,- dije yo- quédate, aunque sólo sea un día más, aún tenemos muchas cosas que decirte.

Tan solo contestó: no te preocupes, os estoy viendo y no me pierdo ninguno de vuestros momentos.

Se fue, se marchó una vez más. Pero estoy segura de que siempre estará a mi lado.

Tita López García

EL DESPERTAR

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos. No seas tímida, no tengas vergüenza... No hay mucha gente.
- No puedo.
- ¿Por qué?
- Porque..., el daño ya está hecho.
- ¿Cómo?
- Posiblemente tú ya no te acuerdes.
- ¿De qué?
- Diego... ¿no recuerdas nada?
- ¿Qué tengo que recordar?
- Nada, déjalo...

Ana se va, Diego se queda pensando y recordando lo que Ana le dijo. Al día siguiente, Diego sale a la calle y se encuentra a Ana en la otra acera... Diego se dirige hacia ella con intención de zanjar la conversación del día anterior, y cuando de repente Diego cruza la calle, un coche se lo lleva por delante.

Ana no puede hacer nada más que llamar a una ambulancia y rezar para que todo salga bien, y mientras la ambulancia se lleva a Diego, las lágrimas de Ana forman un charco de agua. Diego ya está en el hospital, mientras que Ana se queda en un banco, pensando en el vacío en el que le había dejado esa situación.

Diego ha despertado, y algo le dice a Ana, que tiene que ir al hospital.

Ana ya está dentro del hospital y espera bajo el umbral de la puerta. Diego llama a Ana y le dice:

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Moisés Campaña San Segundo

LLEGAMOS ADONDE NOS ESPERAN

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos - dijo Jessica a Natalia, que estaba nerviosa ante lo que era un posible grupo de amigos en aquella nueva ciudad a la que por temas personales se tuvo que ir. Natalia entró llena de nervios y con miedo al rechazo por parte de ellos, pero lo que eran preocupaciones acabó siendo fiesta y diversión.

Ella conocía a Jess desde hacía tiempo, pero cuando Jess se mudó a Santander Natalia sufrió bullying y depresión. Por culpa de esto la gente la llamaba antisocial y por eso le costaba hacer amigos. La noticia de la mudanza la abrió los ojos hacia lo que podría ser "el verdadero cambio", y más sorpresa aún fue que se iban a Santander, donde su amiga del alma estaba esperándola con los brazos abiertos. Ese era el giro que necesitaba para olvidarse de todo lo que le había pasado años atrás, y como todavía conservaba el teléfono de Jessica, decidió llamarla a ver si todavía se acordaba de ella.

- ¿Quién?
- Emmm, hola, soy yo, Natalia.
- ¿Nat? ¡Mi Natalia! Oh, Dios mío, ¡cuánto tiempo!
- Pues la verdad es que sí - dijo Natalia nerviosa.
- ¿Y a qué se debe tu llamada?
- Pues que me he mudado y ahora vivo en tu ciudad.
- ¿En serio?
- Sí, tengo ganas de verte y contarte todo lo ocurrido desde que te fuiste.
- Algo he oído, espero que estés bien.
- Sí, tranquila, ¿quedamos mañana en la playa?
- ¿En Santillana?
- Sí, perfecto, adiós.

Esto era lo que de verdad necesitaba, la necesitaba a ella y quería volver a recordar los buenos momentos que habían pasado juntas. Pero lo que ella no sabía es que Jessica estaba al corriente de todo lo ocurrido y la dificultad que tenía para hacer amigos. Por eso, después de que quedaran, Jess tenía una cosa para ella aquella tarde en la playa.

- ¡Natalia!- Gritó Jessica emocionada.

- ¡Jessica!

- Te he echado de menos.- Exclamaron las dos al unísono, llorando de emoción.

- ¿Sabes qué? Tengo una sorpresa para ti, porque sé lo que pasaste cuando me fui, así que... Te he organizado una "reunión" para presentarte a mis amigos. Disfruta y olvida, por sólo faltabas tú.

UN NUEVO MIEMBRO

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos –dijo una voz de barítono.

Jeremy vaciló antes de empujar una estantería y cruzar la puerta secreta que le llevaría directamente a una sala repleta de personas. Cegado por la luz, tardó unos segundos en recuperar la vista. Días antes había recibido un mensaje en clave que le citaba en Picadilly Street a medianoche. Y allí estaba. Se volvió para examinar la amplia habitación. El dueño de la voz era un hombre fornido y alto que estaba sentado en un viejo sillón de cuero.

-Hola, Jeremy, soy el señor Smith. Te hemos citado hoy para...

La frase se vio interrumpida por un estallido, y la puerta camuflada salió volando, aprisionando bajo su peso a siete hombres. Tres personas enmascaradas y vestidas de negro entraron en la sala, apartando cascotes y escombros a su paso. Parecían buscar al jefe, que no era otro que el que conversaba con Jeremy. El más alto de los tres localizó al mandamás, y en un abrir y cerrar de ojos, tres pistolas apuntaron al desgraciado señor Smith. Jeremy buscó alguna manera de librarse de ellos, y la encontró. Se deslizó silenciosamente hacia una cuerda y con su cuchillo la cortó. Se oyó un ruido de cadenas y la gran lámpara de araña que allí había cayó sobre los intrusos. Hubo unos momentos de silencio, seguidos de fuertes vítores dirigidos a Jeremy. ¡El peligro había pasado tan rápido como había llegado!

El señor Smith aguardó unos instantes antes de proseguir con su frase inicial.

-Bueno, te habíamos llamado para que vinieras aquí, al núcleo de las Fuerzas Espías, para comunicarte que necesitábamos un nuevo agente. Íbamos a someterte a unas pruebas -Jeremy observó que utilizaba tiempos pretéritos, como si hubieran cambiado de opinión-, pero ya has demostrado con creces que eres un digno miembro de la banda. A partir de ahora, trabajarás para nosotros con el seudónimo de James Bond, el agente 007.

Ángela Sánchez Burgos

LA SECTA DE JUANITO

- No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos.

Y así fue como Pedro dejó atrás todo aquello que conocía para introducirse en un mundo en el que jamás habría pensado verse.

Antes de nada, deberíais saber que el mundo al que viajarían se llamaba Andrametec y para entrar en él deberían atravesar un largo camino de sufrimiento que comenzaba atravesando una pequeña trampilla, situada tras unas rocas llamadas "El Carimoche".

Los extraños compañeros de viaje de Pedro formaban parte de una secta milenaria establecida en Navarrevisca y cuyo miembro principal, y único descendiente del fundador de ésta, era Juanito el Alguacil.

Pedro había conseguido entrar en la secta, pero su único fin era entrar en Andrametec, en cuyos aposentos del palacio se encontraba el único tesoro que Pedro no poseía y ansiaba tener.

Y entonces, Pedro despertó de la siesta con la voz de su madre diciéndole al último que faltaba de sus primos: "No te quedes ahí, vamos, entra, ya estamos todos."

Marta Burgos Matamoros

CARA DE PÁNICO

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Miguel nunca supo aguantar la risa, lo que le había causado no pocos problemas a lo largo de su vida. Como el día del funeral de su madre cuando, justo mientras abría la boca para iniciar el discurso de homenaje, se había acordado del chiste que una semana antes le había contado el imbécil de José Luis (¿qué ruido hace un pelo de coño al caer al suelo?) y que hasta ese solemne momento no había pillado.

Por ello, a pesar de la presumible seriedad del evento, Miguel tenía una sonrisa en la boca al decir al imbécil de José Luis que entrara, que por fin ya estaban todos.

Al entrar al sótano, José Luis vio a Felipe, el arquitecto, quien, a los diecisiete años que habían pasado desde que salió de la facultad, nunca había acabado un proyecto, de modo que ya nadie – ni si quiera él mismo- recordaba que era arquitecto.

Había sido el primero en llegar, con grandes bolsas bajo sus ojos como platos, debido a la expectación por lo que estaban a punto de vivir y a las dos noches sin dormir como consecuencia de esa propia expectación.

Pero ahora ya estaban todos. Incluido el imbécil de José Luis, cuya insistencia en llegar siempre tarde irritaba a Felipe profundamente. Porque, como siempre decía Felipe, una cosa es matar a un hombre y otra muy distinta era facturarle en la espera. Que, contra lo que pueda parecer, lo que realmente destroza a un hombre no es la certeza de un desastre (un examen suspendido, la notificación de un despido o, como en este caso, que te vayan a matar) sino la incertidumbre, primero, y la espera, después, que precede a esa certeza.

Hace una semana, como el año anterior, y el anterior, Felipe habría dado cualquier cosa porque el imbécil de José Luis hubiera mostrado la cara de pánico. Porque Felipe, al sacar la bola de la bolsa, nunca miraba su mano. Mantenía el puño cerrado hasta que los demás miraban la suya, y buscaba la cara de pánico. Y, sólo entonces, confirmaba que la bola en su mano era negra. El día que no viera ninguna cara de pánico, ese día no necesitaría abrir su mano para saber que contenía una bola roja. La semana anterior, al ver la cara de pánico de Andrés, no sintió alivio por él sino ira porque el imbécil de José Luis llegaría tarde de nuevo el año siguiente.

Pero eso, de momento, daba igual. Porque ya estaban todos: el expectante Felipe; el sonriente Miguel; el imbécil de José Luis; y Andrés, quien ahora que le incertidumbre se había transformado en certeza, se mostraba sorprendentemente tranquilo. Lo que no dejó de complacer a Felipe, que veía así confirmada su teoría.

Roberto González Juan

BOLA DE PARTIDO

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

- ¡Déjame! ¡Por favor! ¡Déjame!

- ¿Que te dejemos? ¿Acaso crees que puedes darnos órdenes? Ey, chicos, ¿qué os parece? Doraemon quiere que le dejemos en paz, con la fiesta sorpresa que le hemos preparado. ¡Qué desagradecido! Doraemon, Doraemon: deja de comportarte así o tendremos que enfadarnos.

Luis cerró los ojos y empezó a repetirse a sí mismo: "No hables, no hables, ¡cállate!, cuanto antes te calles antes se irán". El macarra del nuevo cole, sin embargo, no se lo pondría tan fácil. Él y su pandilla habían encontrado un entretenimiento desde hacía unos meses. Luis tenía poco que hacer más que esperar a que encontraran otra presa fácil de la que reírse y a la que humillar. Hasta entonces no le dejarían en paz. Luis era un niño feliz hasta que cumplió doce años. Hasta entonces todo el mundo lo llamaba Luisito. Era un niño inocente, sin maldad, con ciertos problemas de sobrepeso y un poco retraído. Tartamudeaba cuando alguien le hablaba sin él esperarlo. Nunca había destacado por sus notas pero tampoco había repetido. Era un niño más, del montón. A los doce años, Luisito cambió de colegio y ya nada volvió a ser como antes. Fue ya el primer día en el que, tras tropezarse con aquel chico alto y desgarrado, su vida cambió por completo. Ese tropiezo casual le haría salir del anonimato para ser el hazmerreír de sus nuevos compañeros. Luisito se convirtió en ese momento en Doraemon y nunca ningún compañero lo llegaría a llamar por su nombre.

- ¡Venga, empecemos! Abre la boca, Doraemon, que parece que tienes hambre. Hoy nos vas a contar a qué saben los calcetines de Ricky- continuó Guzmán mientras se los pedía a su compañero, quien se los acababa de quitar tras una clase de Educación Física. Sabemos que hoy te ha sabido a poco el bocadillo del recreo y te vamos a compensar. ¿A que tienes hambre, bola de sebo?

Luis cerró la boca y trató de zafarse pero el círculo que le habían hecho en los baños del gimnasio era demasiado pequeño como para poder salir de allí. Guzmán, ante este acto de rebelión, tomó a Luis por las muñecas y lo puso contra la pared. Le metió el calcetín en la boca y le susurró al oído mientras le tiraba de la cabeza hacia atrás:

- Mañana mismo aquí con el dinero, ¿me oyes? Y me gusta tu móvil, me lo voy a quedar por lo que me debes de hoy.

Guzmán pidió al resto que lo sujetaran, y así pudo quitarle sus zapatillas y pantalones. Guzmán los metió en su mochila y dijo al resto: "Vámonos, toca Mates y paso de que el Mortadela me ponga otra falta. Tú, Doraemon, te quedas salvo que quieras darte una vuelta en calzoncillos por el patio." Y todos empezaron a reírse como si nada en el mundo fuera más gracioso.

Luis se quedó allí sentado con las lágrimas borboteando de sus ojos. Se quitó el calcetín nauseabundo de la boca y empezó a toser. Después se levantó, se lavó la cara y la boca. Como otras veces sabía que algún secuaz de Guzmán volvería al sonar la campana para devolverle la ropa. Mientras se secaba los ojos oyó unos pasos. Corrió rápido hacia los váteres, abrió la puerta, se metió dentro y la cerró con el pestillo a toda prisa. La puerta del baño se abrió.

- ¿Luis? ¿Estás aquí? Sal, no tienes nada que temer, te voy a ayudar.

Era la voz de Jaime, un psicólogo que estaba haciendo prácticas con Don Carmelo. Luis se había entrevistado con él una vez y recordaba un par de encuentros en el patio hablando de Nadal, del que Luis era seguidor incondicional. Jaime se encontró con problemas de integración, de desestructuración familiar, hiperactividad...Y también con el problema de Luis. Sin que él lo supiera, había estado observando cómo Guzmán lo atemorizaba. Hacía un rato había escuchado a éste y a los suyos hablando y riéndose de lo que acababan de hacerle a Luis.

- Luis, sal. Confía en mí.

Jaime no insistió más. Se sentó en el banco que había enfrente y empezó a hablar del último torneo de Nadal, de cómo ahora estaba rindiendo menos y apenas ganaba títulos. Transcurridos quince minutos se escuchó el crujir de la puerta. Luis estaba dispuesto a salir de su caparazón. Había alguien que se había quedado allí, a su lado. Cuando por fin se abrió del todo, se quedó inmóvil frente a Jaime y con un hilo de voz le preguntó:

- ¿Me ayudarás a ganar este set?

Jaime le abrazó y le dijo:

- Claro, Luis. Ganaremos este set y el partido.

Virginia Hernández Paz

LA DUDA

- No te quedes ahí. Vamos, entra. Ya estamos todos.

Esas palabras le retumbaban en la cabeza a Elisa, que iba vestida con un largo tarje blanco lleno de pequeñas incrustaciones de piedras preciosas que la hacían brillar aun más ese día tan especial.

Ocho horas antes no podía imaginar que iba a tener estas dudas, pues estaba tan segura de que había elegido a la personas correcta...Ella y Alberto se habían conocido hacía cinco años en la universidad en la carrera de arquitectura. Primeras miradas, primeras citas y primeros nervios. Todo iba sobre ruedas. Habían superado tantos obstáculos...Y aunque Elisa era muy joven estaba segura del paso que iba a dar. Hasta ahora. Había varias preguntas que le rondaban en la cabeza: ¿estoy preparada?, ¿es la persona correcta? Sentía que si entraba por esa puerta le iban a cortar las alas. "Prometes amarlo y respetarlo todos los días de tu vida". Esa frase la lapidaba por dentro, sentía una enorme responsabilidad, pero ahí estaba y tenía que decidir, cualquiera de las dos opciones iban a cambiar su vida.

Respiró profundamente, bajó las escaleras que llevaban a ese imponente lugar y corrió en dirección opuesta a lo que todo el mundo esperaba. Al final fue un "No, no quiero".

Delfín Martín Martín

EN UN RINCÓN DE MI MEMORIA

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Puede parecer y parece una frase simple y frecuente. Sin embargo, para mí fue de lo más trascendente. Se encuentran en el recuerdo y en mi bendita memoria y el volverlas a escuchar os tengo que contar la historia.

Recuerdo la fecha exacta en la que se pronunciaron esas palabras. Transcurría el mes de mayo, los campos estaban verdes, con ganas de recibir visitas y, aunque solíamos hacerlo juntos, en amor y compañía, ese año fue diferente para mí y para mi familia. Fue un lugar de la ciudad en el que esta vez nos reuníamos todos, no podía faltar ninguno a tan importante acontecimiento.

Yo llegaba un poco tarde, quizás fuese por los nervios, o quizás porque tenía miedo. Era una sensación extraña, nunca la había vivido, de ahí mis taquicardias y el sentirme tan cohibido.

Aun así, la cita era obligada, y después de varios suspiros, me decidí a entrar a ese sitio que, para mí hasta ese momento, era desconocido. Cuando por fin abrí a puerta, allí vi a todos reunidos, caras muy familiares y otras que no lo eran tanto.

Algunos ni se inmutaron de que yo había hecho presencia, otros sí me miraron, aunque en su mirada faltaba fuerza. Fue mi madre la que al verme, como muchas otras veces, me animó a dar un paso al frente, a entrar en aquel espacio que, aunque parecía amplio, estaba abarrotado de gente.

Yo andaba titubeante, pero fue darle un abrazo y llenarme de energía para dar el siguiente paso. Había una puerta pequeña y yo sabía que al abrirla alguien me estaría esperando.

Y así fue cómo encontré el cuerpo desamparado de una de las personas que más vida me ha enseñado. Cuando miré su cara, mi reacción fue inesperada, pues no me salía el llanto, tan sólo una sonrisa leve, ya que aunque con los ojos cerrados, sabía que me estaba viendo.

Era el padre de mi madre, para mí era "abuelito", y ese fue el último recuerdo de un pequeño gran hombre que dejó huella en muchas personas y también un gran deseo: mantener a la familia unida.

Algo que parece simple, pero que no siempre es sencillo. Y en el caso de que algún día vea que se entorpece ese cometido, yo mismo me encargaré de mantener su deseo vivo, puesto que mi cariño hacia él hace que también se haya convertido en el mío.

Carlos Alonso López

PETRA

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Doña Petra animaba a Monte dulcemente a entrar en su casa la última Nochebuena.

Desde que le habían comunicado la muerte de su abuela los recuerdos acudían como polillas a la luz.

Ya quedaban pocos kilómetros para llegar al pueblo. Aquel paisaje de robles de otoño la invitó a parar, a no pensar. Necesitaba coger aire y fuerzas. Se dejó envolver por el olor a tierra mojada y los colores rojos, ocres y amarillos la convirtieron en parte de aquel bosque.

El viento movió las hojas y alborotó su pelo claro. Miraba las que caían y las que quedaban. Al girar resbaló y aunque no llegó a caer no pudo evitar que se manchara su abrigo gris de paño.

Trató de limpiarlo con una toallita, pero el resultado fue peor. Subió a su Audi y reanudó el viaje. Lo aparcó a la entrada del pueblo. Anochecía y se veían luces en algunas de las casas. Salía humo bailando de las chimeneas, como si no se hubiese enterado de lo que había ocurrido. El olor a lumbre arropaba al pueblo.

Las calles antaño de arena se encontraban ahora asfaltadas, atemporales, borrando todo paso del tiempo sobre ellas. Ya no se veían las pisadas del perro de río Eloy, ni las rodadas de las bicis sin frenos.

Sus pasos, cada vez más lentos, llevaban a casa de su abuela, donde por primera vez ella no estaría para recibirla tras subir la escalera de piedra y tocar con la aldaba. Ya no aportaría la gruesa cortina de colores y mostraría su arrugada y bella cara aquella mujer que fue joven viuda de un desaparecido del bando perdedor en la guerra, y embarazada después por un truhán de paso.

Tomó aire, secó la amargura que corría por sus mejillas y llamó a la puerta. Su madre la esperaba.

- Entra, hija, no te quedes ahí, que hace frío.

Monte, aturdida en aquel salón oscuro rodeado de sillones de mimbre con sus cojines bordados escapó escaleras arriba hacia el doblao.

¿Cuánto tiempo hace que no subía? ¡Desde niña!

Pasó sus dedos por la polvorienta arca que guardaba las sábanas y lo abrió. Una tela clara envolvía un abrigo. Lo cambió por el suyo manchado. Introdujo las manos en los bolsillos y sacó un papel sepia que parecía que antes alguien había desdoblado cientos de veces. Leyó. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Corrió a enseñárselo a su madre:

“Querida Petra, echaré en falta la luz de tu mirada y tu sonrisa. Tu olor a almizcle y tu andar pausado, a mi lado. Sueño con que el amor nos permita de nuevo pasear del brazo bajo los robles en otoño. Me voy porque tú me lo pides y yo lo comprendo. Y sé que me quieres. Pero la guerra impide aun terminada que sea feliz con mi mujer y mi hijo, al que no conoceré.

Te querré siempre. Tu marido.”

UNA CHICA MIEDOSA

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos –le dijo su madre a Lía.

Lía es una niña, su pelo es anaranjado, tiene unos ojos verdes muy brillantes en los que está su mayor belleza, unas preciosas pestañas con las que sus ojos pasan de ser ojos a ser ojazos y la voz es la más dulce que has podido escuchar.

Está contenta, pasa al salón, su familia la está esperando. Ella es muy feliz, hasta que le comunican la importancia de esa reunión. Ascendieron a su padre en el trabajo, se tenía que ir lejos de allí, a otra ciudad. Eso significaba tener que cambiar de colegio, dejar atrás a sus amigos, su casa... Todos sus recuerdos estaban guardados en la caja fuerte más resistente de aquel lugar: el corazón. Sus primeras palabras, sus primeras risas... Todo estaba allí.

En su primer día de clase todo le pareció un poco raro, era un colegio gris y todas las paredes tenían pintadas frases ofensivas. Nada más cruzar la puerta de su clase, todos empezaron a reírse de ella. La profesora era amable. De hecho, fue ella quien le presentó a todos. Unos nombres destacaron: Carlota, Soraya y Daniela. Su profe, a la hora del recreo, le dijo que tuviera cuidado con ellas. Cuando se fue empezaron los problemas. Le hicieron cosas muy malas. Desesperada, salió corriendo de allí. Se metió en el cuartito de la limpieza. Daniela fue a consolarla. Cuando salió del colegio fue a abrazar a su madre. Al ver llorar a su pequeña le preguntó si le pasaba algo. Le contó todo lo que había ocurrido, y aguantando un sollozo que quedó en su garganta, sonrió para no preocuparla. Andrea la consoló y le prometió que todo se arreglaría.

Daniela y el director hablaron sobre el tema de Lía. Los dos hablaron al día siguiente con ella y se quedó más tranquila. Todo iba bastante bien. Un día, Daniela y sus "amiguitas" se acercaron a ella en el recreo, y le preguntaron si podía acompañarlas al arroyo a ayudar, pero con su madre por si acaso le hacían algo. Las dos estuvieron buscando un buen rato, pero no había nadie. Al cabo de media hora aparecieron. Daniela tenía cogida de la mano a su hermana pequeña, Mía. Evidentemente todo era mentira. Mía se acercó al arroyo y se cayó. Daniela se quedó paralizada y sus amigas salieron corriendo. Lía estaba dispuesta a tirarse en su ayuda pero su madre le dijo que era muy peligroso. Le pidió que confiara en ella, mirándola fijamente con sus ojos como aceitunas, y la madre supo que lo conseguiría. Lía saltó a por Mía, la corriente arrastraba a la pequeña y fue difícil llegar a ella.

Su madre, angustiada, le pedía que respirara. Lía no dejó que le fallaran las fuerzas. Estaba arriesgando su vida pero finalmente salió con Mía a la espalda.

Daniela cambió totalmente su idea de Lía. Le pidió mil veces perdón y Lía volvió a rodearse de amigos.

Mara Sánchez Torralba

TRES AÑOS Y DOS MESES

(3º Premio de Escritura Rápida “Marramblas y Farraguas 2015”)

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

El tono de esa frase me confundía. No pude mirar ni a quien me la dijo. Fueron las primeras palabras que escuché, las primeras palabras de lo que sabía que sería mi nueva vida, y yo ni siquiera pude responder ante ellas. Quería correr, pero sabía que no podría salir de allí, que me costaría adaptarme. Que puede que en realidad nunca lo llegue a hacer.

Se cerró una puerta detrás de mí que sonó de nuevo distinta.

- Esa es tu cama.
- Gracias.

No entendí qué tenía que agradecer, yo no quería estar allí. Di tres pasos y avancé. Allí estaba. En tres pasos, seis segundos, pude pensar en todo lo que había pasado, en los próximos tres años viendo la cara de las personas que tenía en ese momento a mi lado, tres años en los que no vería despertarse a mi lado a la mujer con la que hace seis meses pensaba pasar el resto de mis días bajo un techo que no era el que ahora tenía encima. Yo, el chico bueno, el de los sobresalientes en el instituto, las matrículas de honor, el de la madre orgullosa, había dejado de ser un ejemplo.

Dejé lo poco que llevaba encima sobre la cama que me habían asignado. Me senté y miré al suelo. No podía ser a otra parte. No me sentía con fuerza para levantar la cabeza. Volví a oír la segunda voz de antes, pero no presté atención hasta que noté un golpe en mi espalda que me hizo levantarme para escuchar las mismas palabras con más fuerza.

- El armario de la derecha ni lo toques.

Y ahí, con un puño cerrado amenazándome a dos centímetros de mi cara, sólo pude responder con una palabra:

- Vale.

Algo que en realidad no me sabía si podría valerme como sustituto de otra respuesta menos afortunada.

- Nos vamos a llevar bien. ¿Cuánto tiempo?
- Tres años y dos meses.

Tres años y dos meses. Hacía tres años y dos meses estaba terminando la carrera, empezaba a trabajar, me compré mi primera moto y salía cada fin de semana. Hace tres años y dos meses no sabía que me juntaba con la gente equivocada. Tres años y dos meses encerrado, a cambio de una noche en la que yo, el chico ejemplo, dejó de serlo, cogió un coche que no era el suyo y no pensó que las normas no están para saltárselas. Y lo que por desgracia aquella noche pagó quien no debía, ahora lo pagaría yo.

Ahí levanté la cabeza y a través de las rejas de la ventana supe que aquella era la vez que más gris veía el cielo azul. Hice una marca en la pared, la del primer día de los 1155 que me quedaban en aquella cárcel, que me quedaban allí dentro.

José Luis Sánchez Pérez

MÚSICA PARA RECORDAR

(2º Premio de Escritura Rápida “Marramblas y Farraguas 2015”)

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

Un sudor frío acarició mi espalda. Me estremeció. Cualquier otra situación habría resultado caprichosa, feliz, pero ésta no.

Allí estaban todas las miradas que, a lo largo de mi vida, habían conseguido crear música en mí. Algunas pasaron de largo como la canción más corta jamás escuchada, otras fueron eternas baladas, pero concretamente una de ellas recorrió mi existencia dejando para siempre una melodía meliflua. Aunque hoy esa mirada estaba rota, sin sonido. Yo luchaba para no encontrarla, para no hundirme con ella. Daba pasos cortos con las piernas titubeantes. Podría jurar que aun habiendo tanta gente mi corazón se sentía perdido. Cada vez que avanzaba notaba mi respiración entrecortada y unos pulmones que sólo sabían arder debido al poco oxígeno que los bañaba. Se habían acostumbrado a vivir en llamas. Los ojos vidriosos de la gente me invitaban a saber la respuesta que tanto rechazaba. Con las manos temblorosas y con un nudo y dolor atroz en la garganta, seguía avanzando, intentando controlar un corazón que no había aprendido a latir. Mis dedos buscaban incansablemente el calor que desprenden los cuerpos, para conseguir entrelazarse con una mano y servirse de apoyo de ésta. Tenía el rostro empapado pero no de lluvia, sino del goteo ácido de unos ojos. Cada una de estas lágrimas contenía el mundo, el mundo que ahora cargaba sobre la espalda. Ni siquiera sentía su peso, solo una débil pluma podría derribarme ahora. Llegué al momento más inoportuno de mi vida, al lamento más grande, al segundo más efímero y doloroso.

No escuchaba música, no me rodeaba el cuerpo aquella sensación de fluidez que, sólo él, producía en mí. Era un tocadiscos roto, una radio sintonizando otro lugar. Eran unos ojos cerrados, una melodía que había terminado de sonar. El más bello recuerdo que sólo como canción mi mente podrá guardar.

Un día fue mi abuelo, y a partir de hoy, será etéreo.

Sandra Trillo Gándara

ELLA

(1º Premio de Escritura Rápida “Marramblas y Farraguas 2015”)

- No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos.

La luz tenue del sol difuminaba el horizonte, no dejando diferenciar el cielo del mar, haciéndolos hoy uno.

La voz de mi madre seguía invitándome a entrar. Casi noté cómo el hilo de su voz se derretía con el sonido de la brisa, la cual ahora mecía las hojas de los árboles bajo los que me refugiaba. Eso me recordó que tanto el viento como las hojas éramos ella y yo. Ella era el viento que me levantaba y me daba fuerzas y yo la hoja que vivía a su alrededor. Ojalá pudiera capturar ese momento para explicarles qué fácil resulta el amor y qué difícil lo hacen ellos. Controlé mis latidos, pues mi corazón hoy bombeaba con mucha más fuerza que nunca y a una velocidad de vértigo inhalé y exhalé profundamente. Sólo bastaba el recuerdo del primer beso que le di, de la adrenalina que sólo en ese momento aprendí a sentir para levantarle y dirigirme hasta allí. Todos los que me importaban hoy dejarían de hacerlo si no entendían lo sublime que mi corazón se vestía cada vez que estaba con ella. Tragué saliva, una saliva que hoy resbalaba por mi garganta congelándola bajo la mirada de mi padre, llena de ira pero curiosa.

No debía ni podía quedarme callada.

- Sólo quiero que escuchéis y meditéis cada palabra que hoy pronuncie pues habrá salido de cualquier recoveco de mi interior. No quiero que sintáis lo que yo ni que la fascinación os acaricie cada vez que la veáis pasar. Simplemente entended que el amor no puede ser regido por lo que marque una religión, no puede seguir siendo tomado con miedo y desesperación. Si el cariño fue inventado para amar, yo os digo que no sólo tiene alas el amor de un hombre y una mujer. Porque yo soy mujer y te aseguro que vuelo mucho más alto cuando rozo a esa mujer.

Esperé a que el silencio diera su aprobación y entonces vi una luz que manó de la débil sonrisa que mi padre esbozó.

Noelia Fructuoso Cardo



Excmo Ayuntamiento de Navarrevisca